

EL ECO LITERARIO.

LEGISLACION.

DE LA MAGISTRATURA.

ARTICULO 2.º

DIGIMOS en nuestro artículo anterior, que las principales cualidades que deben adornar á los magistrados son ciencia é integridad, que deben haber hecho un estudio profundo del corazon humano, tener un esquisito tacto para la apreciacion de los hechos, y un conocimiento exacto y filosófico del derecho; que cuando viera un juez brillar sobre su pecho el acero de su asesino, habia de esperar impasible el golpe ofreciéndose como víctima de su ministerio, como mártir de la justicia; y que cuando el halago, la dádiva ó la lisonja les presentáran su risueño pero mentido aspecto, deberian despreciar todo el oro del mundo si se les ofreciera, y cerrar los oídos á las palabras que pudiesen vencerles, por mas que las pronunciára la persona mas querida, por mas que las pronunciára su padre.

Pero no basta aun tener una firme voluntad, no basta poseer un corazon entero: para conservar su rectitud, para conservar su justa imparcialidad, necesita de independendencia; no concebimos sin ella la justicia. El magistrado ha de ser esclavo de la ley, pero no dependiente de persona alguna, solamente de su conciencia.

Si los encargados de administrar justicia han de llenar cumplidamente su augusta mision, es indispensable que solos enteramente con su deber, sin influencia alguna que los arrastre, procuren inquirir al través de la oscuridad, que el interés personal intentára esparcir sobre el proceso la luz de la verdad; mediten, comparen y juzguen; menester es que los dejen libremente funcionar dentro el círculo marcado por la naturaleza y fin de su encargo.

Esta doctrina, la absoluta independendencia del poder judicial se halla reconocida como una necesidad por todos los hombres que se han tomado el trabajo de pensar un momento sobre esta materia; y en los códigos fundamentales de casi todos los pueblos la vemos solemnemente consignada; pero á pesar de ello en muchas naciones los hombres del poder pueden directa ó indirectamente convertir el brazo de la justicia en instrumento de sus venganzas, y es forzoso no esquivar medio alguno para ahuyentar hasta esa posibilidad.

Cierto es que el magistrado digno, que el juez que ha sabido colocarse á la altura que le corresponde, consentiria en dejar el puesto que ocupa

antes que faltar á lo que se debe á sí mismo; mas es necesario tener grande abnegacion, una entereza nada comun para resistir á ciertas exigencias, y no el hacerlas, sino la simple sospecha de que puedan hacerse, es bastante motivo para que huya de los demás hombres la confianza, para que se apodere de ellos el temor, y los tribunales con la sola duda pierdan mucha parte de su fuerza moral.

Una de las garantías de la independencia judicial, la mas principal sin duda, acaso la única de mas felices resultados, es la inamovilidad. Cuando los jueces pueden ser removidos á voluntad de los gobiernos, por no perder su destino tratan de complacerles, aunque sea sacrificando su independencia; no es muy regular que todos estén dotados de la grandeza de alma que es necesaria para condenar á su familia á la pobreza, para inmolarse siquier sea en las aras del deber. Los hay, cierto, pero aunque así sea, no exijamos de los hombres heroicidad, porque tal vez tropecemos con el desengaño.

Si los magistrados están seguros de que llenando sus obligaciones nadie podrá incomodarles; de que no dependen mas que de su razon y su saber; de que únicamente han de responder ante la ley y sufrir su golpe si á ella faltan; en vano será que los hombres de valimiento, aun cuando ocupen una silla ministerial, traten de hacer decantar el ánimo. ¿Y de qué serviría el ruego? Súplica inútil cuya fuerza se extinguiría ante el muro de su rectitud. ¿De qué serviría la amenaza? Para dar á conocer la impotencia del que llegára hasta ella, cuya saña vendría á estrellarse sobre el escudo de la inamovilidad, prenda de la independencia.

Pero así como por lo regular pensamos que los magistrados no darán cabida en su pecho á las pasiones, ni serán nunca, generalmente hablando, supeditados por el temor ó por la simpatía ó por la lisonja; por si ocurriera que alguno de ellos, por cualquier causa osase á faltar á la ley, á truncar su sentido y á sabiendas dictase sentencia injusta, debería haber penas severas que estuviesen á punto de caer sobre la cabeza del mal juez que sin pudor y sin conciencia se detuyese á poner sus manos en el depósito sagrado que el poder social le confiara, que hundieran en el cieno de la degradacion y de la infamia al indigno magistrado que atentára á hollar las mismas leyes, por cuya observancia debe vigilar, y á cuya aplicacion imparcial se halla consagrado. — *Pedro Isidro Miquel.*

GOSTUMBRES.

LA GAPA.

Desde que la moda ha sido reconocida en la sociedad como tipo del buen gusto y elegancia, se observa cierta mezcla informe de sério y de ridiculo, lógica y precisa consecuencia de sus leyes. Los mas raros caprichos, las mas incomprensibles estravagancias, todo cuanto contribuya en fin de una manera mas ó menos ostensible á estender su influjo, se proclama como ley impuesta por tan fascinadora deidad. Los elegantes,

acostumbrados al *dolce far niente* del proverbio italiano, matan las mas pesadas horas de fastidio, recordando tan solo que tras del otoño viene el invierno, y que estas estaciones llevan sus correspondientes trages, que á juzgar por los de la temporada anterior, serán modelo en su clase, y comunicarán á su figura aquel aire marcial y desembarazado que necesita imprimir el hombre á su cuerpo para que constituya la gracia.

Las mugeres, como la *mas preciosa mitad del género humano*, no andan menos solícitas, preguntando y visitando tiendas, esperando á última hora restaurar sus trages, ver muestras, y hacer las compras tan pronto como la encantadora Elvira de.... se haya presentado en paseo ó en sociedad, con el traje últimamente recibido de París. Y como la muger en achaque de hermosura nada encuentra de sobra, discurre con sutil penetracion si el *pardessus* es preferible al *schal*, porque oculta cierto apéndice, que la modista no ha podido comprimir del todo con el incómodo y apretado corsé; si los lazos de terciopelo verde esmeralda destacarán con demasiado descaro el color algun tanto azafranado de su tez; ó si el sombrero con velo es preferido al de pluma, si á través de tan débil celosia ha de acesar sus gemelos contra alguna victima espiatoria que intenta oponerle su adónis. De ahí, pues, tanto prematuro comentario, sobre si el vestido toca ya de rigor á la *Pompadour* ó á lo *Dubarry*, el peinado á la *Sultana* ó á la *Estuarda*, no faltando quien mejor informada asegura como positivo, porque recibe directamente correspondencia de la *Chaussée d'Antin*, que prevalecerá á la reina *Pomaré* ó á la *Ti-biri-kasthy*, última favorita del emperador de China. Estas conversaciones, que por lo regular son el alimento cotidiano de los elegantes de sociedad, dan cierto impulso á ese prurito de inovacion en vestir siempre con arreglo al último figurin, sean cualesquiera los colores con que á algun pintor de brocha gorda le venga en mientes adornarlo, ó á un estúpido baragan diseñar los patrones que el sastre ó la modista cuidan de modificar, si la esplicacion no está tan á sus alcances, como parece á primer golpe de vista.

Pero á pesar de este movimiento, á pesar de que la moda ha penetrado hasta en lo mas sagrado del hogar doméstico, vemos que ciertos usos, ciertas costumbres están todavía fuera de sus alcances. Limitando nuestras observaciones en el caso presente, á ciertos trages de origen puro y español, observamos con gusto que todavía no ha podido destruir de nuestra sociedad, ni la mantilla en las señoras, ni la capa en los hombres. Estos distintivos característicos se conservan con toda aquella pureza primitiva, si bien con las modificaciones que el buen gusto reclama. Consiste esto tambien en que estos trages exigen toda la gracia española, que la naturaleza ha negado por lo general á las demas naciones. Con efecto, no hay sino ver un hombre con capa, para adivinar al momento si es de nuestro pais, ó alguno de esos estrafalarios extranjeros que quieren *españolizarse*, para en volver á su patria decir con tono de autoridad: hé aqui como visten en España.

Sease lo que se quiera, ello es cierto que la capa, y la capa nueva en particular, es un distintivo que revela las inclinaciones del individuo, y que no se necesita gran talento de observacion para adelantar un pronóstico que patentice las inclinaciones del que la lleva. Es al mismo tiempo un traje que choca á primer golpe de vista, no porque sea raro ni estremo, sino porque se considera como el término, el *ultimatum*. Y así como

si de la noche á la mañana al ver una niña con vestido de terciopelo y sombrero, involuntariamente se nos ocurre preguntar «¿se ha casado fulanita?» de la misma manera al ver á un amigo ó desconocido con capa nueva exclamamos: «¡Hola! ¿te has casado? ¿te habrá caído la lotería?»

Que la capa, como hemos dicho, es un signo fisiognómico de la persona, es tan obvio, que no creemos impropio trabajo demostrarlo á nuestros caros lectores. No hay sino parar mientes en las varias actitudes de que es susceptible para conocerlo. Apenas salimos á la calle y vemos á un moce-ton de á folio con el embozo hasta los ojos, y andar pausado y receloso, cuando decimos: hé aquí un hombre que se recata. De fijo no quiere ser conocido, porque le andan buscando el bulto. Será otro de los muchos, que á semejanza de ciertas aves nocturnas, no tienen franca la salida mas que de noche.

Por el contrario, nos echamos á la cara otro que forma notable contraste con el anterior; luce su capa de ancha esclavina, con vueltas de tafetan verde, encarnado ó blanco, andar todo contorno, todo bolina, bajo el embozo, ancha patilla, mirada torva, chapeo sobre la izquierda, á guisa de sombrilla en manos de niña coqueta, y haciéndole paso decimos: hé aquí un busca-ruidos: éste, á no dudarlo, es otro de los muchos que escupen por el colmillo, y dan pasaporte en un *santiamen*, al que les quite el embozo ó involuntariamente le dé un pisoton.

En este intermedio se columbra otro pródigo andar todo temblores, embozo sobre la izquierda, de modo que deje al descubierto su chaqueta andaluza de mil remiendos y colorines, con mas alamares y campanillas que un aparador de tirolés; y al ver tanta fachenda, tanta planfa, tan chocante y ridícula desenvoltura, quién no esclama, ¿ese es un estudiante que quiere imitar sin gracia á sus compañeros de la tierra de *María Zano-tísima!*

¿Y aquel otro pobrete, sin pelo de barba, que anda envuelto en su capa, como fraile novicio en su hábito, ó beato en su tosco sayal? Ese de fijo es tambien estudiante; pero estudiante que pisa por primera vez la universidad, y sus padres han tenido la humorada de en vez de capa enviarle en unos pañales, porque el chico está creciendo todavia, y la capa ha de crecer con él.

Pero descartándose aquel de todo, y atendiendo á su persona solamente, no se cuida de estas pequeneces, porque lleva á su lado una muchacha acompañada de su madre, y en la vida del hombre bueno, ocupa la casilla, *vá á paseo con la novia*; lleva la capa caída, y todo son miraditas á hurtadillas, desde los zapatos hasta el corbatín, y remilgos y desguinces; pertenece á no dudarlo, á esas clases trabajadoras, tipo intermedio de esplotacion, pero felices y contentos con su bienestar presente, con tal de lucir el día de fiesta su capa y su novia.

Y hé aquí marcado el contraste de un señorito mimado, que por pasar por hombre de pró, se pone la capa que le sienta lo mismo que si la colgaran á un ropero. Estos tales, como es preciso que se diferencien del vulgo de las personas, adoptan esta actitud por eso que llaman «no tengo humor de vestirme y salgo de cualquier manera;» sin contar que esta manera es sumamente ridícula.

¿Y qué diremos de otros y tantos otros como llevan capa? Daremos una regla general que abraza muchos casos, á fin de no ser demasiado difusos.

Cuando por la mañana se vé alguno con capa y gorra, y cierto bultito debajo del brazo, que anda desempedrando las calles, ese tal, no hay duda, es barbero, que como el día de fiesta todos los parroquianos le necesitan temprano, á la manera que el empleado su paguita á primeros de mes, llega tarde y anda echando los bofes.

Hasta aquí hemos presentado, aunque en embrion, ciertos rasgos propios y peculiares de la capa en general; concluiremos nuestro imperfecto trabajo, marcando algunos que corresponden esclusivamente á la capa nueva.

La capa nueva comunica tal aire de importancia y dignidad al hombre, que si bien se examina, sin saber por qué le hace ocupar las mas ventajosas posiciones. — Señor, le dice uno, ¿quiere comprar una carga de carbon? — Pasa sin contestarle el de la capa nueva. — Es bueno y barato. — Ni por esas. — Mire que ogaño subirá mucho. — No lo necesito. — Es de *carrasca*. — Ya he dicho que no. — Cómprelo y tendrá para todo el año. — Soy soltero. — Pero... — Vaya V. con mil diablos. — Y la capa nueva es para el interpelante una partida de matrimonio.

Otra labradora se empeña en que le compre un par de perdices para su muger. Un chico de la beneficencia dos billetes en los que está la suerte. Otro de no muy buena catadura, por poco dinero le ofrece un reloj de oro muy bueno. Este se le acerca, y en secreto le brinda cierta mercancía; aquel le persigue pidiéndole una limosna para alimentar á su muger y diez chiquillos. Quien le pregunta si es el D. Fulano que deja dineros á interés; y todos en fin le persiguen y le soban, y le fastidian donde quiera le encuentran. Y para colmo de pesar y angustia, si por huir de los parages públicos le dá la humorada de enredarse por alguna incógnita calleja, oye desde un balcón una tosecita mugeril, ya cascada por los años, y la voz de otra jóven que habla fuerte cuando pasa por llamarle la atención, ó encuentra algun amigo, que le dice que aquellos sitios son sospechosos...

Tales percances son por lo regular propios de la capa nueva; y así como de la capa en general puede decirse que marca, como hemos dicho, la fisonomía del individuo, la nueva especialmente está espuesta á todas estas contingencias. = *Francisco Puig y Pascual.*

POESIAS.

EPÍSTOLA AMATORIA.

¡A ELLA.....!!

Y el juez, como era tan ladino,
siempre preguntaba: ¿quién es ella...?
(Cuentos y fabelas.)

Serafin de serafines,
Principio y fin de mi historia,
No te encrespes ni te espines

Porque entre con tantos fines,
Que al fin se canta la gloria.
Al principio es de cajón

Que hagan dengues las hermosas,
Pero viene otra ocasion,
Y dice cualquier simplon:
Principio quieren las cosas.

Ellos, ¡quía! todo al revés;
Al pronto arrostran mil muertes,
Mas en conjugar *do ut des*,
Son, dicen, ora y despues
Todos los principios fuertes.

Hoy, pues, que á lo sumo toca
Mi pasion, gacela mia,
Satisface mi ansia loca,
Que sino miente la boca,
Mañana.... será otro día.

Recompensa mi querer,
Y así diré sin alarde,
Llama sin-cera ha de ser,
En la que nunca ha de haber
Mas cera que la que arde.

Dicen que tengo un rival
Que me mira de reojo,
Mas si le cuestas metal,
Podré añadir y no mal:
Pues no es nada lo del ojo....

Mas esto ni un pito importa
De mi relacion á la hebra,
Porque en su pasion absorta
¿Ha de ser mi alma tan corta
Que no *la declare.... en quiebra?*

Si él me gana *por la mano*
Será de ver la sustancia,
Pues por la fé de cristiano
Que si él juega y yo no gano,
No le arriendo la ganancia.

Y si *al amor con mil santos*
Juegas por ver si alguien salta,
En dando *cartas* ¡qué avantos!
Aun he de ganarte á tantos,
Aunque tengas quince y falta.

Pero basta de carcoma
Ya que á él solo por hermoso
Desde Valencia hasta Roma
Le corresponde, y no es broma,
El derecho de hacer el oso.

Con todo, si el taravilla,
Por no preciarse de manco,
En negro lugar tu honrilla
Pusiese ¡voto á Castilla!
Que sabré.... dejarte en blanco.

En premio de mi valor

¡Qué calabazas le asoman!
Dále el fruto, no.... la flor,
Que al cabo aunque es gran rigor,
A donde las dan las toman.

Mas ¡ay! si por mi tormento
Fuese yo.... ¡cómo ha de ser!
Oír tu crudo acento,
Resignado al sentimiento
Como quien oye llover.

A fé no espero tal trato,
Antes en prenda, mi amada,
Dame luego tu retrato,
Porque sino en algun rato,
Ni te podré ver pintada.

¿Rubor? en vano lo alegas,
Porque la cosa es bien clara:
Si tu cara cara niegas,
Y cara á cara á otro llegas,
No te miraré á la cara.

¡Bah! y no tomes por saloria
Cuanto la pluma aquí muda,
Que como vengo de Coria,
En siendo muger de historia,
Le hablo la verdad desnuda.

Ni te santigües diciendo
Como muchas: ¡guarda Pablo!
Porque ó de cruces no entiendo,
O ha de estar segun comprendo
Tras de la cruz el diablo.

En tanto, un si es lo que espero,
Y al cura voy por la posta;
Mas.... si bien lo considero,
¡Por Cristo! que es lo primero
Ver si hay moros en la costa.

No sea que por fortuna
La canalla de villanos
Por tontuna ó por tan-tuna,
Me ponga la media luna,
Y haya moros y cristianos.

Disimula esos colores,
Que esto no pasa de amor,
Y si aumentas.... mis dolores,
No gustándote estas flores,
Te saldré con otra flor.

Mona mia, y si te vas,
Encaje bien ó no encaje,
Tan cortés soy que oírás,
Por sino te veo mas,
Que lleves feliz viage.

Vaya, adios, niña *inocente*,

Si á tu amante oyes sincero,
Comprenderás cuanto siente,
Con pluma y papel corriente,...
Dejarse algo en el tintero.
Pero en fin, si ha de acabar

Cuanto principió ¡paciencia!
Ojalá que este cantar
Lo sepas bien meditar
A la tuna de Valencia.
C. Pascual y Genís.

A UNA NIÑA.

¿Qué mucho que en el abril
Ostente su gallardía
La rosa bella y gentil,
En el ameno pensil
Entre aromas y ambrosía;
Si de la brisa al arrullo
El cristalino rocío
Al susurrante murmullo,
Besas el esbelto capullo
Y vida da á su atavío?

¿Qué mucho que el aura leve
Allá en invisibles giros,
En ocultos pliegues lleve
Del mortal, dolor aleve
Exhalado en mil suspiros;
Si sobre las gayas flores
En su marcha vagarosa,
De su cáliz de colores
Los perfumados vapores
Les roba cuando se posa?

¿Qué mucho que el ruiseñor
En solitaria arboleda
Del alba al primer fulgor,
Cante en trino arrobador
Al compás del aura leda;
Si de su trova al arrullo
Dispierta á su compañera,
Que entre rosado capullo
Duerme al sonoro murmullo
De la corriente ligera?

¿Y qué mucho que la aurora
De ópalo vestida y grana,
De otro día precursora,
Con colores que atesora
Ostente su faz galana;
Si su celeste arrebol

Horizonte trasparente,
En gracioso tornasol
Del disco urente del sol,
Es heraldo en el Oriente?

¿Qué mucho, en fin, que una bella
Hechice con su hermosura,
Y que en ardiente querella
Espiren de amor por ella
En deliciosa tortura;
Si en senda llena de abrojos
De sus huellas nacen flores,
Y el filtro de negros ojos
Rinde al cabo por despojos
Cautivo el pecho de amores?

Mas si le basta, ángel mío,
A la rosa en el pensil
Solo la brisa y rocío,
El aroma del estío
Al aura leve y sutil;
Al canoro ruiseñor
Amores y soledad,
A la aurora su fulgor,
Y el poder fascinador
A una hechicera deidad,

No te basta á tí, alma mía,
Tu faz rosada y de nieve,
Ni tu aliento de ambrosía,
Ni tu infantil alegría,
Ni tu pie pulido y breve;
Que en este báratro impío
El aire de la impureza,
En su continuo extravío,
Fija con su roce frío
El brillo de la belleza.

Ciñe tu cándida frente

Con la virginea diadema,
Y en tus sienes, refulgente,
Arrebatador se ostente
Puro, candoroso emblema;
Y no temas, ángel mio,

Rosa entre tanta maleza,
Que al son de silbo bravio
El viento deshoje impio,
No, la flor de tu pureza.

Joaquín Molina Cros.

FABULA.

LA SUERTE DEL ENVIDIOSO.

EL JARDINERO, LA ROSA Y EL CARACOL.

No me toqueis por Dios, triste decia

A un sucio caracol blanca una rosa,

Y el infame su ruta proseguia

Cada instante mas cauta y alevosa.

¡Por Dios! un otra vez.... clama temblando

Al ver su audacia terca;

Pero el reptil que al cáliz va trepando,

Ya con baba asquerosa la flor cerca.

—Tan mal ¡ay! me quereis; sí, ya lo veo,

Ni mi pureza al corazon escuda....

Calló la rosa, y fue, segun yo creo,

Que el vil la interrumpió, y así sin duda:

—Bella estás como el alba,

Risueña, candorosa,

Y por eso á la malva

Desdenas orgullosa;

¡Infeliz florecilla!

Yo con mi huella de fulgente plata

Voy á prestarte adornos sin mancilla;

¿Y aun no me creerás?.... ¡si eres ingrata!

—¿Qué culpa tengo yo de ser tan bella?

Replica con ternura;

Y airado el caracol clama sin ella:

—¿Aun me arrojas en cara tu ventura?

Pues bien, ángel de orgullo,

Si has turbado mi calma,

Sabe que fue por ver en tu capullo

En emblema el mas fiel la paz del alma;

Así al amor de unos brillantes ojos

Gozas tú de caricias, yo de abrojos;

Así en el seno de la virgen pura,

Tu aroma esparcirás, yo mi amargura;

Y así por fin en éter trasformada

Subes al cielo y bajo yo á la nada.

Pero en cambio, infeliz, tú eres inerte,

Yo con mi audacia sola
He de manchar tus galas, tu corola,
Veremos de los dos quien es mas fuerte.

Adios la pobre flor ya profanada,

Que sus pétalos toca

Del inmundo reptil la torpe boca;

¿Así queda la envidia castigada?

Dios de los buenos, ven.... pero ¿qué es esto?

Con mano firme el jardinero airado

Sumió de un golpe en el oscuro cesto

Al que viéndose odiado

En el blando vergel de los amores

A la reina atentára de las flores.

C. Pascual y Gents.

ESCENAS VALENCIANAS.

UN BAILE DE CANDIL.

ARTICULO 1.º

No hay como asociarse á un mozo de buen humor para pasar con zambra y alegría esta pícara vida, llena de quebrantos y aflicciones por la suerte que cumple á los mortales en su tránsito por el desierto mundanal: que está un hombre compungido y meditabundo lleno de ideas terroríficas y como fuera de su centro, no hay que buscar en la botica remedios á su tristeza, preparadle una sesion con uno de esos jóvenes que se llaman comunmente alborotados y de genio en cierto modo discolo á quien veremos apurar todos los resortes imaginables para trastornar los cascos al mas sesudo y amilanado, echándola nuestro héroe para llegar al convencimiento en lo que se proponga, de filósofo, de calavera, de bullicioso, con cuanto pueda apetecerse, como producto de un carácter feliz que todo aparenta salvarlo: estos tipos que siempre salen del atolladero, que todo lo vencen y en nada se paran, son muy escasos en nuestra sociedad, porque generalmente deben estar adornados de una instruccion regular y de una imaginacion florida y festiva que muy pocos alcanzan. Así pues, conociendo nosotros que es una alhaja de gran precio la adquisicion de una amistad que nos dispensa uno de esos jóvenes, tratamos de halagarle con remilgos continuados para que no olvide cuanto debe á la correspondencia de una fina estimacion.

Don Pepito, hé aquí el nombre de nuestro comensal, de ese elegante sin segundo que en todas partes se encuentra, del diario de avisos para la amistad, del telégrafo de las bellas, del espectador satírico-burlesco de los paseos y teatros: D. Pepito, á quien todos conocen, porque no hay quien deje de haber tenido con el mismo una aventura ó un lance que él sabe muy bien convertir en grotesco, aunque haya comenzado con lamen-

tos y lágrimas; novel que puede compararse dignamente con el alegrísimo é incomparable *Dubois*, que tan dignamente figura en las novelas de Paul de *Cock*; ese jóven, á quien su solo nombre basta para su honra, se ha encargado de hacernos perder la chaveta con su chiste y ocurrencias continuadas, no nos deja un momento, interrumpe nuestras ocupaciones, en fin, nos tiene fritos, pero vaya en gracia, ya que por fortuna le merecemos algunos instantes de recordacion feliz: entre otras no podemos pasar por alto la determinacion en que nos hizo entrar á efecto de instancias repetidas, para que le acompañásemos á un baile que él llamaba de candel, por la modestia seguramente con que estaba decorado el salon en que debia efectuarse; á ello accedimos, para ver lo que tanto realce prestaba á las descripciones picarescas de nuestro héroe, empeñado siempre en preparar algun golpe teatral á sus amigos, que tienen la humorada de seguirle.

Siete éramos en reunion, sentados al rededor de una mesa de café, todos, á cual mas distraido y pensativo, con la creencia de pasar una velada sin accidentes que prestasen algun género de entretenimiento: las horas parecíannos eternas, toda conversacion insulsa, y veíamos el mundo teñido de una luz pálida y tristesima, como diria un romántico, ¿qué haremos? nos preguntábamos á nosotros mismos movidos de una decision uniforme, y la contestacion se reducía á producir algunas palabras que se perdian por falta de aprobacion; en este estado, y despues de unos momentos de fastidio, hé aqui que se presenta D. Pepito como un simbolo de animacion, ya todos éramos otros, ya renacia la confianza de encontrar algun recurso de que sacar partido; con efecto, bien pronto se insinuó, y apoderándose de nuestro espíritu, viendo que nos prometiamos mucho de su llegada, exclamó alegre como unas castañuelas, retorciéndose el bigote y dando una mirada de importancia al espejo en que se retrataba su cuerpo. ¡Oh! amigos míos, levantad de ese letargo, y salgamos á vivir en ese ancho campo que se abre para los hombres de nuestro temple.

¿A dónde nos acompañas? exclamó uno de nosotros, preciso es que proporciones un rato de buen humor á tus amigos.

Sí, sí, repitió, mil cosas se me ocurren, habré, os aseguro, bureo y chiste de mil amores; vamos á pasar una noche esclente, y puedo ofreceros la presentacion en buenas casas que nos brindan á telon corrido escenas á cual mas chusca y de mejor observacion: hablad, pues, ¿qué quereis? ¿visitamos á unos recién-casados, á un padre que se vuelve loco de contento porque acaban de sacarle un infantillo de pila, y prepara dulces para los que acudan al bateo, ó á casa de una linda muchacha que reúne á sus amigas por ser hoy su cumpleaños? si mas apeteceis, mas os prometo, con solo separar en las notitas de mi cartera; estoy á todo por dar gusto á mis amigos. Y despues de mil palabras que no eran admitidas á pesar de su constante empeño en favorecerlos....

Gracias, Pepito, le contestamos, y para que veas que tenemos tu oferta como estimadísima, se acepta el que nos presentes en casa de esa señorita de quien hablaste; pero somos siete y va á llamar la atencion esta falange presentada como niños de colegio y como....

Nada; nada, lo demas corre de mi cuenta, tengo suma franqueza con los papás de la niña y me lo encuentro hecho todo; soy muy lince, amigos míos, y sé pintarme solo para tales percances, dijo el atrevido doncel; y

se puso en movimiento el círculo de amigos que caminaba á impulso y bajo la dirección del diabólico D. Pepe.

Bien pronto llegamos al término de nuestro destino, cuando cogió el picaporte, para llamar en la casa adonde íbamos; cuatro golpes dados con furia nos hicieron conocer que el baile debía tenerse cerca de las mansiones celestiales, ó para decirlo en plata, en la cuarta habitación de aquel poco vistoso edificio. La voz de una fámula se oyó corresponder al alabazo, y nos colamos en cortos momentos, despues de haber encontrado muchos rellanos, y subido un centenar de escalones, en casa de D. Antonio Riolleno, antiguo empleado y hombre feliz por su carácter y circunstancias que le adornan.

Adelante, señores, nos dijo Riolleno al vernos con D. Pepito, VV. están en su casa, con toda franqueza pueden tomar asiento: nuestro director se deshacia en cumplimientos, ofreciéndonos como el tipo de la amistad mas inalterable. Las niñas se pusieron en movimiento, las mamás cuchichearon, y todo en fin parecia trastornarse al hacer nuestra entrada: poquísimo se tardó el inapreciable D. Pepito á hacer que cada uno se sentase al lado de su correspondiente prógima, y aquello se veia prestar mas de lo que pudiera creerse.

Don Pepito era allí el elemento de vida, y comprometia al mas pintado; así que no era extraño oírle decir con desenfado y como haciéndose superior á cuanto le rodeaba: «preciso es, señoritos, que esta noche trabéis correspondencia amorosa con estas bellisimas niñas, veremos quien es mas cuco y avispado para merecer la olorosa flor de su cariño: Pedro, Cristóbal, Paco, no hay que dormirse, porque las niñas son tan picarillas como seductoras.»

Pero señores, exclamó Riolleno, habiendo tomado consejo de las mamás; porque no se animan VV., un poquito de baile, mientras llegan otros amigos que deben favorecernos, yo tocaré la guitarra, y á fé que recuerdo unos rigodoncillos sacados de los *Arabes en las Galias* que valen un tesoro. La reunion mudó de aspecto, todos se movieron para corresponder á la invitacion del estimable Riolleno, y en pocos minutos se hablaba cada *quisque* con su linda, ó poco agraciada dama, porque habia de diversos talantes: para comenzar el baile, ¡qué de amorosas pláticas y preguntillas sueltas! la diversion se presentaba con todo el viso de una confianza amistosa y deleitable.

Vamos, señores, que no se pierda la música, voy á comenzar, dijo Riolleno; y con efecto tocó en seguida unos rigodones mas viejos que el dolor de muelas: ya nos moviamos con toda la gracia y donaire, y llenos del mayor gusto, cuando.... ¡oh fatalidad! por herir muy fuerte sobre el bordon de la guitarra para que se oyese mejor, se rompió aquel, dejándonos con el pie en alto, y haciendo dar un grito de despecho al Sr. de Riolleno, que añadió: Nada, señores, nada se ha perdido; en dos minutos salgo á comprar otro bordon, y continuará la danza: siéntense VV., entreteniendo el rato en cualquier cosa; yo pronto vuelvo; y marchóse para traer cuerdas con que habilitar el instrumento: entretanto no sabemos á dónde iria á comprarlas, y por tal accidente habrá el lector de tener paciencia, hasta que en el número próximo demos cuenta de la vuelta de Riolleno, con las demas ocurrencias del baile de candil en que quedamos. — *Fran-*

cisco de Paula Gras.

VARIEDADES.

La sociedad del Museo lírico-dramático de esta capital, sigue dando funciones escogidas de declamacion y canto, con muestras de inteligencia y buena direccion en las piezas que se ponen en escena. El lunes próximo se ejecutó *Una ausencia*, ó *la vuelta de Navarra*; y tanto las sôcias Doña Emilia Ortega, Doña Joaquina Puchalt y Doña Antonita Lopez, como los Sres. Villegas y S., lucieron con singular complacencia de los concurrentes, sus adelantos y refinado gusto en la escena. Se cantaron dos arias por una señorita con gusto y afinacion, ejecutándose tambien con todo esmero una pieza en un acto de D. Juan Martinez Villergas, en la que los Sres. Monge, Valls y S., con la Sra. Ortega, proporcionaron un rato de diversion al auditorio. Cada dia vemos mas regularizada la sociedad del Museo, y nos complace el adelantamiento de la juventud en el arte difícil de la declamacion, y el buen orden que dicha sociedad observa, por el esmerado celo de su digno presidente en hacer variadas y de buen gusto las sesiones; así que, creemos merecido todo aplauso y elogio que se dispense á la sociedad del Museo.

—El Instituto Edetano celebró en la semana última su sesión ordinaria, ejecutándose por la seccion de declamacion la hermosa comedia titulada *El hombre de mundo*. Las señoritas Moron, Sanchis y N., y los señores Barberá y Pascual, brillaron en sus respectivos papeles hasta el extremo de conquistar la aprobacion de la concurrencia, que era numerosa. Seguidamente se representó la piececita de costumbres andaluzas *La flor de la canela*, con toda la decoracion correspondiente de baile y canto, segun su argumento requiere. Aunque se echaba de ver el poco estudio de algunos papeles secundarios, fue tal la propiedad y gracejo con que ejecutaron los suyos la Sra. Moron, y los Sres. Pascual, Belloc, Membrado y otros, que mas de una vez se oyeron resonar estrepitosos y merecidos aplausos; obsequio debido á la juventud, que tan desinteresadamente se dedica al difícil cuanto glorioso arte de la representacion dramática.

JACOBO BRUNELL.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

IV.

A la mañana siguiente se dirigieron los recién-casados á la quinta. Jacobo ostentaba su brillante uniforme de coronel, sin olvidarse de colocar sobre su pecho su banda tricolor, y sobre su cabeza su gorro colorado. Victoria caminaba triste y meditabunda. Ella hubiera deseado que la

quinta se hubiese alejado algunas millas para tardar en llegar á la presencia de su madre, pero lejos de esto la quinta se iba descubriendo de cada momento mas claramente. Cruzaron con presuroso paso la alameda inmediata, en donde habian tenido sus primeras entrevistas, y al pasar por junto al árbol al pie del cual estaba reclinada Victoria la primera vez que Brunell la viera, cuando cruzó por allí montado á caballo, dijo éste:

—Victoria, ¿os acordais de este árbol?

—Sí, sí, mucho, ahí estaba sentada cuando pasasteis vos montado á caballo. ¡Cuán lejos estaba yo de pensar que fueseis Brunell!

Un viejecito estaba sentado á la puerta de la quinta. Apenas vió á los recién-casados se levantó. Una palidez cadavérica cubrió sus facciones, y dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo exclamando:

—¡Dios mio! ¿será posible que se hayan casado?

Jacobo y Victoria penetraron en la quinta, subieron á la habitacion de la baronesa, y ésta los recibió con una tranquilidad asombrosa.

—Madre mia, perdonadme, exclamó Victoria arrojándose á sus pies.

—Jamás, exclamó la baronesa.

—Luego lo sabeis ya.

—Sí; sé que este hombre es vuestro marido.

—Pero no sabeis, señora, dijo Brunell, que vuestra hija se ha casado con este hombre por salvar vuestra vida.

Entonces Victoria refirió á su madre todo lo que habia sucedido, el modo como conocia á Jacobo, y el peligro en que habian estado ambas, peligro del que las habia salvado el coronel.

La baronesa oyó esta relacion sin la menor emocion; cuando su hija hubo acabado de hablar cayó desmayada. Llamóse al médico de la aldea vecina, y manifestó que tenia calentura.

Al dia siguiente hallóla el médico mas aliviada, y Jacobo se dispuso para partir á París á defender á la viuda del conde de Nerville.

—Sí, sí, partid, le dijo la baronesa. Id á justificarme. Vos, Victoria, acompañadle tambien.

Los esposos salieron aquel mismo dia para París. Ramon, el viejo Ramon, los acompañó hasta el camino real y allí se despidió de ellos.

—Cuidad mucho de mi madre, dijo Victoria.

—Sí, sí, añadió el coronel, cuidad mucho de ella hasta que nosotros volvamos.

Dicho esto el carruage partió.

V.

Cuando llegaron á París, Victoria lloró amargamente al ver el estado en que se encontraba la gran ciudad, que aunque mas pobre entonces y mas miserable, hacia sin embargo estremecer al mundo con su guillotina y con sus legiones.

El mismo dia de la llegada, ambos esposos comparecieron ante el tribunal.

La presencia de Jacobo Brunell produjo un agradable rumor. Muchos al pasar le apretaban la mano con efusion. Esto agradó á Victoria, porque la fama siempre agrada á las mugeres, aunque esta sea muchas veces mal adquirida.

—Señores, dijo Jacobo Brunell. Todos sabeis que no he escaseado mi sangre cuando se ha tratado de defender nuestra causa, á cuyo triunfo he consagrado mi existencia. Mis ideas son bien conocidas en París, voy ahora á dar á conocer mi corazón. Esta jóven, añadió señalando á Victoria, es hija del conde de Nerville.

Este nombre escitó un leve rumor.

Jacobo continuó sin inmutarse.

—A su madre se la acusa de estar iniciada en los secretos de una correspondencia que su marido mantuvo con algunos emigrados en Lóndres. Esto es falso, la viuda jamás se mezcló en asuntos de política, y despues de la muerte de su marido se resignó con su suerte.

—Mucho os interesais por esa muger, ciudadano Brunell, dijo el presidente.

MODAS.

París 8 de Noviembre.

Mi querida Clementina: Todavía no se han fijado completamente las modas, como sucede siempre que cambian las estaciones, porque todos quieren llegar al refinamiento, y de aquí una variedad en aceptar lo que parece sentar mas bien y que se amolda al mas delicado gusto: nuestros elegantes, por su inconstancia natural, no pueden resolverse á la determinacion de una sola moda, y así es que visten cada uno á su manera; no obstante el traje que les ha merecido preferencia, es por ahora el de paletó de talle reportado, con la espalda de una sola pieza, con pliegues en cada lado y una abertura en lo bajo de la falda de atrás; las solapas no se hacen anchas ni en los paletós ni sobretodos. Los colores dominantes son el blanco plateado azul y castaño claro.

El pantalon se usa de corte llano, sin trabillas y ancho; el color verde y café han llamado mas la atencion, usándose una tira negra en el costado del pantalon.

El chaleco es de chal cubriendo un poco las caderas. Y el frac negro y amoldado á los figurines ya vistos.

Muy ligeramente te escribo, y por ello no puedo darte particularidades sobre el traje mas favorito de las señoras, pero descuida, que lo hará pronto tu íntima y afectuosa amiga.—*Adelaida de S. Víctor.*

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

Attila.—*El Hombre feliz*, drama de costumbres en cuatro actos, del Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí: segunda parte del *Arte de hacer fortuna*.

En vano será evitar cuidadosamente todo paralelo y archivar en el se-

pulcro de lo pasado hasta la mas inocente reminiscencia, si la reproduccion de una partitura, egecutada con notable aceptacion en la temporada anterior, conduce al público como por la mano, á recordar y comparar en la actual. No, ciertamente que no seguiremos al público en esta vía tan apartada de nuestros abstractos propósitos, porque á mas del algo de personalidad que envuelve toda comparacion, nuestro deber mas bien se limita á juzgar sobre actualidades, que á referir las variadas fases de nuestro coliseo.

Dentro del círculo artístico, pues, fuerza es participar á nuestros lectores, que las dos representaciones consecutivas de *Attila*, solo se han distinguido en que la segunda ha logrado un éxito menos infeliz que su anterior. El protagonista Sr. Segarra, mereció una ligera reprobacion del público inteligente, mas bien por los defectos de sus maneras que por los de su canto, porque si éste adolecia de falta de vigor y colorido en varios pasages, no llegaba á desfigurar tan marcadamente el carácter trágico del fiero rey de los Hunos, como los descompuestos movimientos que el actor le atribuyó mas de una vez. Nos complace que celoso de su porvenir, se mostrase notablemente corregido el Sr. Segarra en la segunda representacion de la ópera. Sin embargo, ya que tan á propósito ocurre, le recordaremos que, segun su historiador, *Attila*, si bien tenia un andar soberbio y dejaba percibir su poderio en los movimientos de su cuerpo y en el continuo revolver de sus ojos, sabia contener su ardimiento, y era propicio con aquellos cuya fé habia recibido. Efectivamente, no de otra manera se concibe que pudiese representar la magestuosa omnipotencia terrestre del azote de Dios. *Odabella*, representada por la Sra. Cattinari, dejaria poco que desear si constantemente pudiésemos admirarla al nivel de su fiero carácter tan propiamente espresado en su preciosa aria de salida; mas para egecutar segun el *desiderandum* artistico el canto brillante y de fuerza, exornado con los dificiles pasos de egecucion, tan comunes en las óperas de Verdi, se requiere un órgano vocal, robusto y especiabilísimo. Por ello, á nuestro entender, la Sra. Cattinari lució mucho mas su escelente escuela, y el blando sentimentalismo de su canto en la bella romanza del segundo acto y en el andante del duo con el tenor, repetido á beneficio de numerosos y continuados aplausos. En punto á la propiedad de la representacion, deseariamos que el vestido ó túnica del trage guerrero de *Odabella* fuese mas corto y airoso, á fin de que pudiese comunicar á la actriz parte de la originalidad y fiereza que alguna vez echamos de menos en la actitud escénica de nuestra *prima donna*. El Sr. Castells comprende la poesia de la música y egecuta con regular afinacion, mostrándose principalmente brillante en los *allegros y recitados*; de suerte que bien podria considerarse su Foresto como el salvador de la partitura, amenazada de cerca por un estrepitoso *fiasco*, si á la aceptable egecucion de la Sra. Cattinari no se debiese tambien el éxito mediano que al fin ha conseguido. Mas, ¿por qué con tan buenas dotes no cantó el señor Palma su precioso andante *ella in poter del bárbaro* con toda la delicada espresion y buen colorido que nos complació admirar en el *allegro*? ¿por qué nuestro Foresto no adornó su rostro con la barba generalmente usada en el mundo civilizado del siglo V? Tampoco quisieramos en esta parte, que el Sr. Gironella nos obligase á describir el noble carácter del célebre político é inmortal vencedor de *Attila*, porque indudablemente re-

saltaria en desfavor del artista cierto abandono en orden á las maneras escénicas que en la representacion de las tragedias liricas degenera muy pronto en descompostura é impropiedad. Ni se mostró mas feliz en la egecucion de sus andantes que notamos decaer á intervalos, faltos de brillantéz y afinacion completa. Finalmente, los coros han demostrado muy poco estudio á juzgar por las repetidas disonancias que apenas pudo evitar la varita mágica del celoso Sr. Zerilli, cuya acertada direccion se hizo no obstante sensible en la acabada egecucion de varios *tutti*, comprendidos en medio de un profundo silencio de aprobacion.

La compania de declamacion ha representado, segun anunciamos á nuestros lectores, *El Hombre feliz*, drama de costumbres, debido á la célebre pluma del Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí, acreedor como el que mas á la imparcialidad que forma la base de nuestra modesta revista. En verdad que no ha sido muy ligera la desfavorable critica que ha sufrido esta composicion de parte de algun periódico de la corte, mas nosotros que nos propusimos juzgar sin prevenciones de ninguna especie, debemos tambien prescindir de todo precedente que pueda inducir la mas leve sospecha de servilísimo literario en contra nuestra. Solo si, nos reservaremos en prenda de buena fé, el derecho de poder asentar sobre razones fundadas, la pobre opinion que nos merece una obra aplaudida, á pesar de todo, tanto en la corte como en esta capital; por manera que en la actualidad cuando el tiempo y el espacio nos reclaman brevedad y ligereza, tan solamente avanzaremos á consignar que la segunda parte del *Arte de hacer fortuna* completa la primera, en términos de no dejar que desear sino mas verosimilitud en algunos incidentes y caracteres. Filosóficamente considerado, *El Hombre feliz* es la espresion dramática de ese sentimiento desgarrador que agita el abismo del corazon humano, casi seco de ternura y hastiado de gozar la porcion de placeres sociales que le ofrece en el festin del mundo nuestra civilizacion y nuestras costumbres; poéticamente, la segunda parte á que aludimos, es una buena produccion dramática, cuyos leves defectos tampoco trataremos de ocultar.

Como era de exigir del nombre de su autor, las galas de una versificacion correcta y desembarazada, embellecen en esta composicion las formas sensibles de un pensamiento que interesa y deleita por ello, á pesar de la abundante hiel que el desengañado D. Facundo va filtrando á través de cada palabra en el corazon del espectador de buena fé; y por último, el chiste y el epigrama empleados con oportunidad, concurren á hacer pasar el cáliz de amargura que brota, sin cesar, como se ha dicho, de los labios del protagonista. Bien debió representarle el Sr. Guerra cuando tan naturalmente nos transmitió hasta las sensaciones mas recónditas del desgraciado Torrente; cierto que el público fue justo en aplaudirle. Las señoras Valero y Rimbau, y los señores Perez é Ibañez no estuvieron menos inteligentes, si bien, á decirlo todo, sus respectivos papeles no eran muy notables por su dificultad.

ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

Página 31, linea 14, donde dice *mas* debe decir *más*: linea 22 dice *almas* por *alma*: linea 40 dice *visibles* por *risibles*.

Página 32, linea 26, dice *no* por *sinó*.